

Carlos González C.

**LOS HOMBRES
QUE DEJAN
EL EJERCICIO DEL
SACERDOCIO**

EDICIONES PAULINAS

EL SACERDOTE Y EL CELIBATO

Carlos González C.

Los hombres que dejan el ejercicio del sacerdocio

Ediciones Paulinas

Estimados cristianos:

Frente a la realidad de algunos sacerdotes que han dejado el ejercicio de la vida sacerdotal, me parece conveniente presentar algunas ideas. (No es un tratado sino sólo reflexiones para dilucidar nuestra situación). Pienso en el cristiano normal, que necesita mayor claridad en el tema.

I. EL SACERDOTE Y EL CELIBATO

Para tratar tanto del celibato como del sacerdocio, es necesario tratar lo que está en la raíz de todo: eso es el amor.

Dios ha entregado al ser humano, hombre o mujer, la posibilidad de amar. Y la ha dado como una necesidad de plenitud, alegría, unión. Esta realidad del amor va dibujándose y construyendo nuestra personalidad. La construye de un modo negativo cuando el centro del amor es uno mismo y se utiliza al resto a su propio servicio, y lo hace de un modo positivo cuando lo lleva a desinteresarse más de sí mismo y a buscar el bien de los demás.

Este es un PRIMER HECHO. Todos los hombres hemos sido hechos por amor y vivimos para amar. Este amor algunos lo expresan en la amistad, otros en la relación de sí mismos a los demás a través de un servicio profesional, o en la lucha por la justicia, etc... Se expresa en el matrimonio, en el sacerdocio y, hasta hoy en Occidente, en un sacerdocio acompañado del celibato.

SEGUNDO HECHO: Estas expresiones de amor van construyendo la vida de los hombres y llevándolos a vivir opciones que los marcan definitivamente; hay científicos, investigadores, aun dirigentes políticos que renuncian al matrimonio para servir a los hombres. Otros no encuentran limitaciones del matrimonio para este servicio, incluso la compañía de una mujer los ayuda más.

El matrimonio y el celibato constituyen caminos de extraordinaria riqueza, tanto para la construcción de una personalidad como para un servicio universal a los hombres. No podemos minimizar o establecer uno de ellos como regla absoluta y condición necesaria para todos.

¿Quién podría censurar a Dag Hammarskjöld, antiguo Secretario General de las Naciones Unidas, que renunciara al matrimonio por servir a los hombres desde sus funciones políticas? ¿Quién podría censurar el matrimonio de Alberto Schweitzer como un impedimento que limitó su trabajo con los leprosos en la Lambarene?

De por sí, en el celibato y en el matrimonio es posible amar a Cristo por sobre todo, y ambos pueden ser expresiones de amor.

Y UN TERCER HECHO: La civilización actual tiene características que no ayudan al ser humano a vivir un compromiso, un amor exclusivo y total. La fidelidad es discutida, se cuestionan las decisiones más profundas, y nos rodea un marco frente al cual se necesita una actitud de lucidez, de búsqueda, de ayuda con otros para ser consecuentes con las decisiones, etc... Esta situación se vive en el matrimonio y en el sacerdocio celibatario.

Entraré en el tema de sacerdocio y celibato.

Para hablar del celibato, es necesario distinguirlo del sacerdocio. Es cierto que actualmente, y por muchos siglos, han estado no sólo unidos sino identificados, al menos en Occidente. Doctrinalmente pueden darse separados. Y la disciplina de la Iglesia podría modificar esta situación. Hoy día, de hecho, existe el sacerdocio unido al celibato. Pero, con unión o sin ella, el celibato tiene un sentido, que es lo que me interesa destacar.

A los sacerdotes, como a cualquier hombre, no nos resulta fácil vivir el amor en un estado de celibato. Vivimos conflictos y tensiones interiores, y es una lucha diaria y permanente la que debemos sostener para ser fieles a esta vocación.

Pero si es tan complicado y difícil, si el celibato trae tantos problemas, viene la pregunta: ¿Y por qué no se casan?

La respuesta sólo se puede entender escuchando la Palabra de Cristo que pide que algunos "por amor al REINO DE LOS CIELOS" dejen todo, "casa, padre, esposa, familia y tomen la cruz y lo sigan". Es dejarlo todo para seguirlo a él y consagrarse a los demás.

El celibato, más que exigencia, es un don, un regalo, una gracia de Dios para quienes han descubierto la persona viva de Cristo y el amor a los demás. Este descubrimiento es difícil y ya el Señor veía las dificultades de este amor total (Ver todo el texto de Sn. Mateo, Capítulo 19). El dijo al referirse al celibato: "ES IMPOSIBLE PARA LOS HOMBRES, PERO PARA DIOS TODO ES POSIBLE". Es evidente que para el hombre solo y con su propio empeño, el celibato será una ilusión, pero para el cristiano que acepta este don, será una vocación posible y maravillosa, apoyado en la fidelidad del Señor que es Fiel y no puede dejar de serlo.

Lo primero que les pido a Uds., cristianos, es que en esta visión de Fe, ayuden a sus sacerdotes. Cúdenlos con amor, con respeto, con delicadeza. Los curas somos seres frágiles, humanos, iguales que Uds. No somos de mármol o de plástico. Somos de carne y hueso.

El matrimonio y el celibato deben complementarse mutuamente. Todos debemos vivir el mandato de Cristo, que es el de crecer en el amor como él lo

enseñó, con sus dos características: amor encarnado y amor universal; el casado ayuda al célibe mostrándole el aspecto de encarnación y evitándole el peligro de hacer del celibato un amor tan universal que se convierta en un engaño; y el célibe ayuda al casado a salir del círculo de su propia familia, para no hacer de su amor encarnado un pretexto que lo convierta en amor egoísta.

En la Iglesia deben ayudarse los cristianos con vocación al matrimonio y al celibato, para vivir juntos el amor de Cristo. Este crecer en el amor nunca termina y siempre estará en proceso de desarrollo y maduración.

Los sacerdotes necesitamos apoyo. Es mejor que los cristianos nos critiquen menos y sepan apoyarnos más. No es asunto de palabras o de actitudes compasivas. Es un apoyo cristiano, fraternal, verdadero. Tal vez decir lealmente una crítica al propio interesado es una ayuda muy verdadera.

Alguien expresó: "El celibato más que ausencia de mujer es presencia de Dios". Yo me permito precisar que esta presencia de Dios lleva consigo la presencia de muchos más. Y si ayudamos a los sacerdotes a caminar hacia esta plenitud, les haremos el mayor servicio posible.

El corazón no puede estar vacío. Y si no está enamorado de Dios y de muchos más, en un amor que realmente dé sentido a la vida, sucederá inevitablemente el repliegue del corazón sobre sí mismo, en un egoísmo a veces sutilmente disfrazado. Entonces se producirá la crisis del corazón. Y la soledad del corazón que va mucho más allá del problema del sexo, es difícil de llevar y entender.

Para crecer en un corazón pleno de la Presencia de Dios y para superar la nostalgia por el cariño exclu-

sivo de una mujer, se requiere una dimensión contemplativa, una visión de fe, y un contacto vital con personas. En general, una vida sacerdotal interesante y de proyecciones.

Se requiere recorrer un camino de maduración para ir integrando el celibato en forma normal y progresiva. Tal vez requiere el apoyo de la sicología y toda una formación pedagógica para crecer en una consagración a Dios y vivir un celibato con paz y gozo.

El celibato es una expresión de amor, no es un objeto que se recibe y que hay que cuidar de no perder o romper porque se acabaría definitivamente. Como todo don de Dios es una semilla, un germen, que debe crecer y que, como en todo crecimiento humano, tiene heridas, cicatrices, pero también aparece el triunfo de la vitalidad sobre la enfermedad. Recibir el don es entrar en una historia personal que terminará sólo con la muerte de uno mismo.

Insisto: se nos pide a todos, cristianos, sacerdotes, obispos, comprendernos, ayudarnos y sólo así el celibato puede ser entendido en forma positiva, como signo de amor.

Consagrar la vida a Dios por amor a Jesucristo, por amor al Reino de los Cielos, por amor a los hermanos, tiene un sentido de extraordinaria belleza. Significa valorar el amor absoluto de Dios, y caminar anunciando, sin palabras, que Dios vale la pena y merece que algunos le consagren su vida.

El celibato es consecuencia de un gran amor y no puede ser expresión negativa o signo de disminución. Nunca será fácil, muchas veces tendrá momentos difíciles y será una cruz. Sólo en la fe y en una vida de comunión con el Pueblo de Dios tendrá profundo sentido, enriquecerá y podrá ser un signo en la vida de la Iglesia.

II. SACERDOTES QUE DEJAN EL MINISTERIO Y SE CASAN

Pablo VI, en febrero de 1964, introdujo un cambio importante. Anteriormente el sacerdote que no seguía en celibato y resolvía casarse se encontraba en un callejón sin salida. No podía recibir el sacramento del matrimonio, no podía acercarse a comulgar y sólo a la hora de su muerte recibía el perdón de la Iglesia y se le quitaba "la pena de excomunión" en la que había incurrido.

Hoy día es posible pedir y recibir la dispensa del ejercicio del Ministerio Sacerdotal, ser un cristiano integrado en la vida de la Iglesia y formar un hogar. (Evidentemente se requieren causas verdaderas para obtener esta dispensa y es asunto muy delicado que requiere la autorización directa del Santo Padre, Pablo VI).

Es necesario destacar que la Iglesia dispensa de las obligaciones del sacerdocio, una de las cuales, hoy día, es el celibato; pero ese hombre dispensado, casado, con hijos, no pierde esa realidad misteriosa que recibió del Obispo el día de su ordenación sacerdotal. Al recibir la dispensa, simplemente deja de "ejercer" pero el "carácter sacerdotal" no lo perderá jamás.

El sacerdote por su parte puede dejar de ejercer su ministerio; pero no puede dejar de ser sacerdote.

Ojalá que pronto la comunidad Eclesial encuentre un modo realista para afrontar el problema de justicia social que contrae con ese hombre que dio una buena parte de su vida, tal vez lo mejor de su juventud, para servir y ayudar. Es verdad que fue una donación de amor, pero las exigencias al formar un hogar son demasiado urgentes y exigen respuestas concretas.

Antes de tratar las razones de este cambio de la Iglesia conviene contestar a otra pregunta:

¿POR QUE ESTOS SACERDOTES DEJAN EL MINISTERIO? En otras palabras, ¿qué pasa con los curas, por qué algunos se van?

Una explicación previa. (Y antes de ella quiero afirmar que no es mi intención juzgar situaciones personales):

Las razones para explicar las actitudes humanas no son fáciles. Con frecuencia racionalizamos los hechos una vez producidos. Todos tendemos en nuestro interior a justificar o a autojustificarnos en nuestro modo de actuar. Suele ser difícil encontrar las causas verdaderas y más profundas de lo que hacemos.

En este problema concreto de la crisis sacerdotal hay causas demasiado complejas para reducirlo todo a dos o tres argumentos.

Y algo muy importante: se trata de personas, hay vidas humanas en juego y se nos exige a todos una actitud de respeto, de delicadeza, para tratar el tema como debe ser tratado. La intimidad de la conciencia, las razones últimas de una decisión, sólo quedan claras en la mente de Dios. El corazón humano no puede ser sometido a estudios sociológicos fríos y las personas no son materia de experimentos e investigación.

Sobre las posibles causas de la actual crisis:

Para algunos se trata de PROBLEMAS PERSONALES y así explican las situaciones por mala formación de los seminarios, por falta de libertad en la opción hecha. Otros hablan de presiones familiares o de equivocaciones en quienes ordenaron a personas que nunca debieron ser ordenadas. Es cierto en parte. También es verdad que la falta de fidelidad a la vida de oración y un repliegue paulatino sobre uno mismo, pueden destruir una vocación. El amor, si no se cuida, se muere. Cuidar significa alimentar, hacer crecer.

Para otros, la actual crisis parte de situaciones personales y se agudiza con LA CAMPAÑA ANTICELIBATARIA Y ANTISACERDOCIO que corre en todos los lugares. Los sacerdotes, sobre todo los jóvenes, reciben a diario el impacto de preguntas: ¿cuándo se va a casar?, ¿y todavía eres cura?, ¿qué haces en "esto"? En general, aquí se encuentran las personas que centran el problema sólo en el celibato.

Esta campaña, casi generalizada, afecta, hace daño, deteriora. Si el sacerdote no encuentra quien apoye su fe en el Señor, y lo ayude a descubrir mejor su vocación a la consagración, sufre este terremoto de preguntas y eso le hace mal. En los momentos difíciles que toda persona tiene, estos comentarios son mejor acogidos, siembran dudas y destruyen. Esta campaña existe, pero sólo es parte del problema.

La crisis sacerdotal no es sólo fruto de situaciones personales. Va mucho más allá del problema del celibato que suele ser sólo una razón consecuencial. Esto es lo que aparece, lo que se nota; pero he visto hombres ordenados alrededor de los 30 años, libremente han hecho su opción por el sacerdocio y por el celibato, han sido fieles y leales, dentro de lo que

es posible juzgar la vida humana, y han dejado el ministerio sacerdotal.

No existían las primeras razones y la crisis se produjo. Es sincero reconocer que estamos frente a un problema más hondo y más serio, en donde faltan aún antecedentes para dar diagnósticos más aproximados.

Mucho se ha tratado de interpretar, lo que sucede a los sacerdotes, como una CRISIS DE FE. Hay fundamentos para pensar que en muchos sacerdotes la causa más profunda de su decisión de dejar el ministerio ha sido la falta de fe. En realidad se requiere estar empapado del Espíritu del Evangelio para progresar en una vida al servicio de sus semejantes sin ver resultados inmediatos, contabilizables; y vivir al servicio del Dios invisible, silencioso, muchas veces aparentemente desconcertante, requiere un grado de fe muy alto.

No es que hayan perdido la fe en Jesucristo o en los dogmas de la Iglesia y, de hecho, al dejar el sacerdocio siguen como buenos cristianos; pero para ser sacerdote se requiere, tal vez, un grado y una profundidad mayor de fe. Y la fe es un don, un regalo de Dios. Es una gracia que se recibe desde arriba y que nadie puede exigir para sí mismo o para otros.

Aparece sabio que la Iglesia conceda la dispensa del ejercicio sacerdotal, a hombres que viven sin fe o con una fe vacilante. La fe, igual que el Amor, está en proceso de crecimiento o se muere.

Y, finalmente, hay quienes ven la raíz del problema sacerdotal en la CRISIS INSTITUCIONAL DE LA IGLESIA. Esta corriente de opinión cree visualizar en la crisis de las estructuras eclesiales, en la quiebra de las instituciones, en las tensiones cada

vez más radicalizadas, las causas fundamentales del abandono del ministerio sacerdotal.

Sobre todo lo ven en el plano de las tensiones que inciden en las personas y producen situaciones insostenibles. Es difícil conciliar, por ejemplo, autoridad y libertad, autoridad y obediencia, cristianos de derecha y cristianos de izquierda, etc....

Sólo a modo de ejemplo, trataré una tensión candente hoy día en nuestra Iglesia: el problema planteado entre "reformismo" y "revolución".

Unos creen que se debe evolucionar en forma progresiva, armoniosa y tranquila. Otros catalogan de "reformista" al que piensa de este modo y creen, de buena fe, que los cambios deben ser revolucionarios, acelerados, aunque el precio que se pague sea muy alto.

La verdad es que los cambios pueden ser reformistas o revolucionarios, pueden ser acelerados a ritmo lento. No somos nosotros los que fijamos la velocidad. Es Dios, a través de la vida, el que determina el ritmo de los acontecimientos. La realidad histórica se impone a nuestros planes y debemos ajustarnos a la historia y no viceversa. Es insensato ir contra la historia o vivir al margen de la vida. El cristiano verdadero es quien sabe interpretar la historia tratando de descubrir en ella los caminos de Dios.

A veces sucede, a pesar de estas consideraciones, que la autoridad esté en el plano "reformista" y también sucede que exista el sacerdote "revolucionario".

"Reformistas y revolucionarios" están de buena fe, son bien intencionados; pero se producen trizaduras, asperezas, rupturas. Las tensiones se agudizan y se va minando el interior del corazón sacerdotal.

Estos enfrentamientos traen como consecuencias quiebras en las relaciones humanas, se levantan barreras que terminan en un "diálogo de sordos". Y así, la crisis institucional adquiere diversas expresiones que contribuyen a oscurecer la realidad sacerdotal.

Los cambios han sido profundos y el esfuerzo del sacerdote por adaptarse a la nueva situación, el actual trato con el mundo femenino, el estilo menos formal del "cura joven", la atmósfera de superactivismo en que algunos se colocan, etc., todo lleva a configurar un cuadro conflictivo.

Ninguna de las causas mencionadas es exclusiva y explica todo lo que sucede; pero tal vez el conjunto global de las causas puede dar una verdadera explicación.

Y en este contexto es probable entender mejor el paso que ha dado la Iglesia al otorgar estas dispensas.

Todos entendemos, así lo creo, que el sacerdocio no puede ser una vocación vivida a la fuerza y que un sacerdocio sin amor, arrastrado, aburrido, no tiene mayor sentido.

O un hombre es sacerdote libremente, con alegría, con fe, y así realiza una acción de gran valor, o es mejor que no ejerza el sacerdocio.

O un hombre crece en su consagración al Señor y a los demás, en castidad, tal como un marido crece en la fidelidad a su esposa y sus hijos, entendiendo que se trata de un esfuerzo continuo, donde la historia personal será una mezcla de luz y sombra, donde habrá épocas de serenidad y turbación, como toda historia humana, o es mejor que oriente su vida en otra dirección, al ver en la fe que la voluntad de Dios es el matrimonio.

Aquí está posiblemente la razón del cambio de actitud de la Iglesia, que ciertamente es positivo, clarificador para todos, consecuente con el bien común y el de cada persona. Es demasiado importante que cada uno sea lo que debe ser y esté en el lugar que Dios le reserva y le ha destinado.

Esta perspectiva pareciera centrar el problema en el celibato. Pero me parece que la crisis del celibato es sólo señal para entrar a descubrir razones más profundas, que tocan lo medular de un sacerdote que se ha secado, se ha perdido, o que nunca fue.

Las primeras dispensas, desde 1965 hasta 1968, fueron concedidas en forma totalmente secreta. Era demasiado nuevo el paso que se daba. El sacerdote dispensado se debía retirar a otra región y se trataba por todos los medios de evitar un desconcierto a los cristianos. Se ha visto, en el correr de los años, que este secreto no era posible, realísticamente hablando, y sobre todo han madurado algunas ideas:

Si la Iglesia da la dispensa, se requiere ser consecuentes y apoyar lo mejor posible a ese hombre que dio lo mejor de su vida al servicio sacerdotal y no merece un trato extraño. El merece el respeto y el aprecio de quienes lo conocen. No es solución para él esconderse o huir. Y todos, tanto él como los cristianos, debemos aceptar con realismo y esperanza la situación nueva, sin convertirla en tragedia ni convertir a sus protagonistas en héroes o malos, de acuerdo a nuestras opiniones personales.

Y otra razón: no podemos ocultar los problemas. Se requiere abordarlos con sinceridad, con claridad, en verdad. La Iglesia tiene que aceptar con humildad la crítica de muchos que no comprenden y van a estar en su contra por estas medidas. Creo que

en esta línea estará más de acuerdo con Jesucristo, manso y humilde de corazón.

Hay personas que sostienen que el paso del sacerdote que deja el ministerio es un paso normal, que no tiene nada de especial. No comparto ese criterio. Creo que es un paso doloroso, difícil para él y para todos. No es tampoco una tragedia sin remedio. Es un problema, semejante a los problemas que tienen las familias de todos Uds. Debemos abordarlo con realismo, con dignidad, sin misterios, con verdad.

III. COMO INTEGRAR A LA VIDA APOSTOLICA A QUIEN DEJO EL MINISTERIO SACERDOTAL

Algunos sacerdotes dejan el ministerio y los absorben las preocupaciones normales de la vida ciudadana, continúan cerca o lejos de la Iglesia, dan un buen o regular testimonio de cristianos.

Existen otros, difícil saber su número, que desearían trabajar apostólicamente en la vida y entregar todo su aporte, su experiencia de Dios, sus cualidades y formación, al servicio del Pueblo de Dios. Es un deseo legítimo, valioso y me parece que la Iglesia debe aceptar su ofrecimiento y apoyarlo en esta nueva etapa de su vida.

Estos hombres afirman, y con razón, que reciben la dispensa del ejercicio del sacerdocio y del voto de castidad y que jamás perderán el "carácter sacerdotal" recibido del Obispo el día de la ordenación. Además existe el "sacerdocio común de los fieles" recibido en el Bautismo.

Es honesto reconocer que hemos identificado falsamente sacerdocio ministerial y celibato, haciendo una sola unidad de dos realidades distintas. Pero hoy día, de hecho, dispensar del celibato conlleva la dispensa del ejercicio del sacerdocio y en el terreno práctico significa una reintegración a la vida laical.

Es obvio que un hombre, sacerdote o no, soltero o casado, está llamado a evangelizar, a colaborar en el crecimiento humano y cristiano de los demás, y en la realidad se ven hombres y mujeres casados que dan testimonio de una vida apostólica verdadera.

¿Cómo hacer posible esta integración?

Se requiere un espíritu y algunos requisitos.

UN ESPIRITU. En primer lugar es necesario que los sacerdotes que dejan el ministerio, lo dejen saliendo por la puerta abierta. Aquel que sale por la ventana, o no solicita la dispensa y deja su ministerio en forma poco clara, dificultará mucho una integración verdadera.

El sacerdote que deja su ministerio, es deseable que lo haga con amor a la Iglesia, en comunión con el Obispo, con la comunidad, con los otros sacerdotes, en una actitud de abertura, de sinceridad. Gracias a Dios, estas disposiciones se dan en muchos sacerdotes que dejan su ministerio convencidos que es la voluntad del Señor que emprendan este nuevo camino. Pero aquel que desea hacer de su historia personal una herramienta para defender una causa, fácilmente puede deteriorar todo su apostolado.

No se trata de una fuga, tampoco puede ser una autojustificación o una campaña para instaurar sacerdotes casados o romper la actual ley del celibato. En ese plano esta integración hará más daño que bien.

El espíritu para llegar a realizar esta integración puede resumirse: dejo el sacerdocio porque creo tal es la voluntad del Señor. Lo hago por amor a la Iglesia, en unión con el Obispo y deseando participar mejor en la construcción del Reino de Dios.

REQUISITOS. Una aceptación leal de la comunidad, del presbiterio, del Obispo. No puede ser algo forzado o impuesto por presiones de algunos grupos.

El sacerdote deberá haberse integrado él mismo en su nueva condición y no se trata de empezar hoy y olvidar que hasta el día anterior se celebraba Misa.

Se ve tal vez necesario un tiempo de maduración, de crecimiento en el hogar que va a nacer. Es un cambio psicológico que requiere tiempo, maduración. La integración real de los esposos en un matrimonio, requiere tiempo, madurez, paciencia y no se puede improvisar.

No se trata de un cura que sigue igual, con la diferencia que ya no ejerce su ministerio. Tampoco es un laico que sigue pensando con nostalgia que algún día volverá a celebrar Misa. Es un hombre que dejó el sacerdocio y asume un rol de cristiano en forma definitiva y permanente.

El sacerdocio lo ejerció, pero ahora esa realidad ya terminó y se inicia una nueva etapa.

Se ve necesario haber logrado superar las muchas tensiones y conflictos de esta situación. Normalmente se producen roces, trizaduras con el Obispo, con otros sacerdotes, con cristianos. Tal vez no debería ser, pero de hecho esto sucede.

Y algo circunstancial para Chile: dada la pasión política en que vivimos, es de desear que el hombre que dejó el ministerio sacerdotal y desea trabajar apostólicamente, por un tiempo prudente se abstenga de participar activamente en un partido político determinado, de derecha o de izquierda.

Esta abstención evitará las sospechas de quienes no pertenecen a ese partido que fácilmente podrían

pensar que se está utilizando la influencia que se ha tenido como sacerdote para una política partidista.

Mientras más clara sea la situación, mientras más se viva en comunión con la Iglesia de la zona, con el Obispo, con los sacerdotes, con los cristianos, será más posible una integración en la vida apostólica.

IV. LA BATALLA POR TENER SACERDOTES CASADOS

La Iglesia católica ha reafirmado en el Concilio Vaticano II, por una encíclica de Pablo VI y por el último Sínodo en octubre de 1971, seguir en su línea de mantener el sacerdocio sólo para hombres solteros, en la Iglesia Occidental.

A pesar de esta decisión existen en todos los países, grupos o personas que estiman urgente llegar a tener dos tipos de sacerdotes: casados y solteros. Quienes opinan de este modo no están contra el celibato y ven sus valores; pero creen que no basta esta solución y por eso, no siendo asunto de dogma, creen poder sostener esta opinión.

Tienen razón en cuanto no hay un problema de dogma y sólo un asunto de disciplina interna. De hecho, en las Iglesias católicas orientales, existen sacerdotes casados y sacerdotes solteros. Es útil precisar que en Oriente se ordena de sacerdotes a hombres casados, pero nunca a un sacerdote soltero se le autoriza para casarse y seguir ejerciendo el sacerdocio.

Con toda sencillez, sabiendo que seré criticado por los "sectores progresistas", reafirmo mi apoyo a las decisiones del Concilio, a la opinión de Pablo VI, al Sínodo.

El futuro, el Señor, a través de la vida, nos irá indicando lo que vendrá. No estoy cerrado a la posibi-

lidad de ordenar hombres casados. Será un problema que nos indicará la vida, los acontecimientos.

Hay dos maneras de construir la Iglesia: o forzando la realidad a entrar en nuestros moldes intelectuales, o ir adecuando los moldes a lo que nos exige la realidad.

Siempre hay un nacer y un morir. Es sano acompañar y alentar lo que nace. Otra cosa es matar, y el aborto es un nacimiento prematuro y equivocado.

La marcha de la Iglesia en la historia, según don Helder Cámara, se parece a la marcha de un vehículo: para hacerlo andar adecuadamente se necesita del freno y del acelerador; si sólo usamos el acelerador nos estrellamos fácilmente; si sólo ocupamos el freno, no avanzamos. Y un buen conductor usa el freno o el acelerador de acuerdo a las alternativas que le ofrece el camino.

La vida no se resuelve en un escritorio, o en decisiones intelectuales. Es el acontecer diario el que indica lo que debemos hacer.

Un sacerdote, asesor latinoamericano de juventudes, en quien siempre he visto a un hombre de Iglesia, ha escrito sobre el tema:

"Independientemente de las decisiones que tome la Iglesia, yo me pregunto si no perderemos el gran aporte que para los hombres representaban cantidades de hombres dedicados a los demás con la libertad que un verdadero celibato ofrece, si el mundo no pierde el aporte que representaba el celibato como signo de espíritu extraordinariamente vivo y como anuncio de la vida a la que el hombre está llamado para eternidad".

"Veo ciertamente la crisis; creo que habrá que buscar una nueva forma de responder al ministerio sa-

cerdotal, puesto que no parece que se pueda atender las comunidades de una manera eficaz a base de los que estamos y estarán en el porvenir dispuestos a aceptar el sacrificio del celibato, por amor al Reino de los Cielos; pero como miembro del Pueblo de Dios, y como miembro de la comunidad humana, me preocupa, lo siento como una verdadera marcha atrás, como un empobrecimiento. Esta es mi opinión”.

Personalmente, para mí, hoy día, admitir y presionar por sacerdotes casados es un paso prematuro, es una expresión clericalista más. Creo mucho más en la incorporación activa de los cristianos, en la diversificación de los ministerios, en la integración activa de la mujer en la vida de la Iglesia, en la capacidad del Espíritu para irnos señalando los caminos, ayudándonos a seguirlos.

Hay hechos desconcertantes: hoy, como siempre, hay sacerdotes que caen en la tentación de “jugar al laico” y reemplazarlo en labores específicas de los seglares. Hoy recrudece el anhelo y la decisión de otros sacerdotes por participar en la política partidista, de derecha o de izquierda. Hoy, muchos sacerdotes trabajan en forma remunerada para vivir en forma más encarnada y encontrar un estilo de vida más independiente y más solidario.

Sé que estos hechos pueden tener diversas interpretaciones; pero también revelan que el problema no va por número de sacerdotes o por sacerdotes casados o solteros. Hay mucho paño por cortar en este delicado problema y falta todavía que corra mucha agua por los puentes antes que podamos clarificar la compleja realidad del sacerdocio.

Termino con un testimonio muy personal. Creo en el Sacerdocio y veo los valores de un celibato vivido por amor. El sacerdocio y el celibato son dones de

Dios y, personalmente, no los cambiaría por otra vocación. Esta vida así concebida y así vivida tiene riesgos, hay cruces y momentos difíciles. Hay incomprendiones; pero, ¿quién no las tiene? En Cristo también pasó lo mismo y su Cruz es fuente de Resurrección para un hombre nuevo, para un mundo nuevo.

Los que hemos sido llamados a seguir sus pasos también recibimos una gracia del Señor para llevar con alegría, con plenitud nuestra vida sacerdotal.

Pentecostés, 21 de mayo de 1972.

Carlos González C.
Obispo de Talca

I N D I C E

I — El sacerdote y el celibato	5
II — Sacerdotes que dejan el ministerio y se casan	11
III — Cómo integrar a la vida apostólica a quien dejó el ministerio sacerdotal	19
IV — La batalla por tener sacerdotes casados	23

Impreso en los talleres de Ediciones Paulinas

Vicuña Mackenna 10.777, Casilla 3746

SANTIAGO DE CHILE

Junio de 1972